

EDITORIAL

Desigualdades e injusticia en los países industriales

La Federación Internacional de Universidades Católicas (F. I. U. C.) ha celebrado la quinta edición de sus «Jornadas Europeas de las Instituciones Universitarias Católicas de Ciencias Económicas y de Gestión» sobre el tema «Desigualdades e Injusticia». La falta de tiempo y la conveniencia de centrar mejor el debate son las razones que ofrece el secretariado general de la F. I. U. C. de haber referido el tema sólo a las desigualdades e injusticia tal como se producen en el interior de los países desarrollados de Occidente. Ha quedado, por tanto, fuera de análisis, su proyección tercermundista y planetaria.

REVISTA DE FOMENTO SOCIAL recoge en este número, prácticamente monográfico, el texto de las siete ponencias que constituyeron el contenido fundamental de las «Jornadas». En ellas se aborda la materia, por este orden, desde la teoría económica neoclásica, desde el análisis marxista, desde la constatación de desigualdades nuevas, desde el estudio sociológico de las relaciones de fuerza, desde los movimientos contestatarios de la propia desigualdad, desde las exigencias éticas y desde la provocación evangélica.

En su introducción a las «Jornadas» el Profesor Herman DE-LEECK advertía cómo cualquier juicio sobre la situación de hecho en materia de distribución de las rentas y de las consiguientes desigualdades debe establecerse sobre una definición moderna de los conceptos de renta y de bienestar. Y enumeraba así los cuatro componentes actuales de la renta: la renta primaria, menos los impuestos y las cotizaciones, más las prestaciones y subvenciones sociales, más los bienes y servicios colectivos. Estos cuatro elementos están regidos por mecanismos diferentes de reparto que dependen de la economía de mercado pero también, de forma creciente, prácticamente ya al 50 por 100, de las instituciones políticas y sociales. De ahí se sigue que la distribución final sea el resultado de diferentes circuitos de distribución.

A través de una evolución secular, el reparto personal de las rentas se ha ido igualando en nuestras sociedades occidentales. Pero

desde la posguerra de 1945 esta evolución parece haberse frenado; incluso ha sido ligeramente regresiva en numerosos países a partir de los años sesenta. Durante este mismo período ha permanecido invariable la desigualdad de las rentas por categoría socio-profesional.

El impacto redistributivo de las diferentes categorías de impuestos es más reducido de lo que normalmente se supone, desacelerado por toda clase de factores sociológicos. Desde este ángulo el resultado de la política de redistribución es más bien decepcionante.

El desarrollo de los bienes y servicios colectivos podría hacer creer en una redistribución más efectiva. Sin embargo, existen numerosos indicios en el sentido contrario; distintos factores sociológicos contribuyen, en efecto, a un consumo diferencial en favor de las clases medias de la población, no tanto en pro de las clases económicamente más débiles.

De todo ello no pocos concluyen que el progreso realizado en el marco del Welfare-State ha elevado el nivel de vida de todas las categorías sociales (y ello en una medida históricamente incomparable) pero manteniendo, a pesar de todo, las distancias relativas y la desigualdad de oportunidades. Piensan también que la persistencia de las desigualdades puede ser explicada por la persistencia, en la práctica, de relaciones de fuerza que no son alteradas por una política social muy vasta, sino que más bien se reflejan en ella.

Es necesario, pues, incluso para una ideología reformista y en un período como el actual de crisis económica, esforzarse por reorientar la política de redistribución y de reparto, en el marco de una política social global más audaz, en el sentido de la selectividad más bien que en el de la universalidad, so pena de consagrar una parte muy o demasiado grande de la renta nacional a gastos sociales sin que se logren alcanzar resultados satisfactorios.

ASUMIR LAS TENSIONES

En las conclusiones de las «Jornadas» el Profesor M. Michel FALISE ponía de relieve la necesidad de asumir vitalmente las tensiones que en esta materia aparecen a diferentes niveles.

Tensiones, en primer término, entre nuestra obligación de conocer y nuestra ignorancia relativa en un mundo interdisciplinar y especializado. Debemos permanecer siempre en la tensión por la búsqueda de la verdad y con la valentía radical de decir lo que dan de sí los hechos, las situaciones, las explicaciones y los remedios.

Tensiones entre las diferentes formas de abordaje de la materia. La relación interdisciplinar entre las mismas revela diferencias en las disciplinas de base, en nuestras concepciones del proceso científico, en nuestras situaciones en el cuerpo social. Estas diferencias generan tensiones, pero es un factor positivo el asumirlas, el conocer el impacto que provocan y aceptar el riesgo de un reciclaje para la madurez y la síntesis personal de aquellas mismas relaciones interdisciplinarias descubiertas.

Tensión entre los valores. Por ejemplo: entre el valor de la eficacia y el de la justicia. La eficacia no es solamente un obstáculo; es también un valor y, desde la economía, no podemos ignorarlo. Aun cuando, en una perspectiva cristiana, reconozcamos que la gratuidad es un valor que supera a la eficacia, en el terreno de la construcción del mundo temporal la eficacia tiene un sentido que se impone como valor. La justicia, es cierto, puede oponerse a veces a la eficacia, pero no necesariamente. Sólo un lenguaje y un análisis precisos podrán decirnos en qué casos se oponen la justicia y la eficacia y en cuáles otros concuerdan. Pero la tensión, en cualquier caso, permanece.

Tensión entre los valores del realismo y de la utopía; o, si se quiere, entre la exigencia de comprender bien, de conocer bien, de analizar bien los hechos y aquella otra exigencia de aceptar la provocación de las normas, de los valores, es decir, en último término, de aceptar la utopía que vuelve a poner todas las cosas en tela de juicio. Sin duda que el cristiano puede ser tanto el gestor con una función o tarea perfectamente precisa como el profeta revolucionario y radical. Lo que importa es que el gestor con responsabilidades bien localizadas y concretas sea consciente de que lo que trae entre manos no es necesariamente perfecto, que acepte el que algo pueda ser modificado y que sea, por tanto, susceptible de dejarse interpelar. Importa también, por su lado, que el profeta revolucionario tenga siempre clara conciencia de que no tiene derecho a ser profeta y a predicar la revolución sino para operar la transformación del mundo real y que esta transformación no tiene validez sino cuando se orienta, al mismo tiempo, sobre lo que se debe hacer, cuándo se debe hacer y en qué condiciones de realismo. Porque puede haber desviaciones conservadoras por parte del reformista más prudente y de auto-satisfacción verbal, por el contrario, del lado del profeta contestatario.

Tensión, finalmente, entre las morales. Por ejemplo, entre la moral de la convicción que nos debe interrogar siempre a título personal y colectivo, y la moral de la responsabilidad que, ante una situación concreta y un análisis tan serio como sea posible, sabe, ocasionalmente no sin mucho de exigencia y mucho de sufrimiento, que no hay medio de ser responsable sin participar, a veces, en el pecado o sin mancharse las manos. Es ésta, sin duda, una

EDITORIAL

tensión fundamental que debemos conocer, incluso al nivel de la enseñanza, sin deber asumir por ello una responsabilidad propiamente jurídica, simplemente porque todos somos globalmente responsables de muchas injusticias y fenómenos sociales.

* * *

Dedicando prácticamente todo el presente número a las últimas «Jornadas» de la F. I. U. C., REVISTA DE FOMENTO SOCIAL ha querido, por un lado, sumarse y colaborar en la labor de aquella Federación Internacional Universitaria y, por otro, hacer partícipes a nuestros lectores de los trabajos de esta última en una materia eminentemente propia de nuestra REVISTA: el estudio interdisciplinar de la desigualdad y de la injusticia social en nuestras sociedades occidentales. Agradecemos particularmente al secretariado general de la F. I. U. C. las facilidades que nos han otorgado para esta pequeña empresa de colaboración.

Al margen ya del tema monográfico, encontrará el lector un estudio del doctor Ernst DURR sobre «Política de crecimiento en una economía social de mercado».